

XX PREGÓN

DE LA PURA Y LIMPIA CONCEPCIÓN

DE MARÍA SANTÍSIMA

Organizado por la

Muy Antigua, Venerable y Pontificia
Archicofradía Sacramental de Nazarenos
del Stmo. Cristo de la Redención y Ntra. Sra. de los Dolores
Parroquia de San Juan Bautista - MÁLAGA

y pronunciado por

D. Jesús Javier Jurado Simón
Vocal de Formación y Obras Sociales de la Archicofradía

Tuvo lugar en la Capilla de Ntra. Sra. de los Dolores de la Parroquia de San Juan Bautista de Málaga el pasado jueves 6 de Diciembre de 2001 a las 13:00 horas.

El pregonero fue presentado por D. José Enrique Díaz Ruiz,
vicepresidente de la Bolsa de Caridad de la Archicofradía.

El acto comenzó con la interpretación de canto coral por parte del grupo
"Cantantibus".

Tras el pregón, se ofició un solemne Te Deum, presidido por
el Sr. Cura Párroco de San Juan, el Rvdo. D. Isidro Rubiales Gamero.

XX PREGÓN DE LA PURA Y LIMPIA CONCEPCIÓN

A.M.D.G. et B.V.M.

INTRODUCCIÓN

"Bello es el mediodía, bella es la tarde, más bella es la aurora; es el despertar de la naturaleza, es el comienzo del día, todos los seres se alegran. Son pocos los que gozan de ese espectáculo, los que lo disfrutan quedan enamorados. Pero la aurora, ¿a qué debe su hermosura?. Al sol. En su plenitud, forma el mediodía; en su ocaso, la tarde; y cuando va a nacer, todavía antes de aparecer forma la aurora.

En el mundo de los misterios, la Inmaculada Concepción puede compararse con la aurora. El mundo ha estado dormido, en María despierta; el día de la redención viene, ella lo anuncia, todo el mundo se alegra, ángeles, hombres, etc. De dónde esa tan bella aurora.

Hay un sol en el mundo de los espíritus, Jesucristo, ese sol tiene orientes y ocasos. Antes de nacer sus esplendores iluminaron las colinas, fueron los santos del testamento antiguo, llenaron el cielo de inimitables arboles, ese cielo arrebolado fue la Inmaculada Concepción formada por Cristo.

María fue luz, fue amor, fue esperanza...fue digna de ser Madre de Dios, fue la Aurora.

De esto se deduce que la gloria por antonomasia de Cristo es María, y que engrandecer a María es ensalzar a Cristo. ¿Qué mejor homenaje podemos ofrecer a éste que dar culto y ensalzar la Inmaculada Concepción? (1)

Reverendos sacerdotes, señora Hermana Mayor, señoras y señores miembros de la Junta de Gobierno, del Consejo, de la Bolsa de Caridad, y hermanos todos de esta Pontificia Archicofradía Sacramental; cofrades, amigos, señoras y señores:

He comenzado mi intervención con las fervorosas palabras de mi querido y admirado Beato D. Marcelo Spínola y Maestre, en una de sus más líricas confesiones de amor por nuestro Señor y su bendita Madre en el misterio de su Inmaculada Concepción. Y ahora que, inmerecidamente alzo mi voz temblorosa bajo estas bóvedas de nuestra centenaria parroquia, me pregunto si en aquel Septenario de la Virgen de los Dolores del año de 1890 (2), el bueno de D. Marcelo, a la sazón obispo de nuestra diócesis, en una de sus predicaciones sobre nuestra Madre de los Dolores, gritaría aquí mismo desde su corazón de pastor estas palabras que acabo de pronunciar.

Haya querido la providencia o no que así sea, lo que sí es seguro es que la misma pregunta que se hizo D. Marcelo, se la formuló nuestra Archicofradía hace hoy veinte años, cuando tuvo la acertada iniciativa de instaurar este pregón de la Pura y Limpia. Desde entonces, cada año seguimos respondiendo con gran riqueza de matices y hondo sentimiento que sí, que merece la pena dar homenaje a Dios dando culto y ensalzando a la Inmaculada Concepción.

SENTIDO DEL PREGÓN

Pero, ¿Qué sentido tiene hoy en día plantearse esta cuestión del dogma de la Inmaculada? En este primer año del siglo XXI, cuando el mundo se debate entre la pobreza, la violencia, y la locura que nos ha llevado a la guerra; en esta sociedad hedonista, materialista, utilitarista, que ha puesto toda su gloria en la tecnología, en el beneficio económico, en la eficiencia y la eficacia; que desprecia a Dios, y humilla constantemente la dignidad del ser humano y a todo lo que parezca religioso, ¿a quién le importa este pregón?

Hoy, una vez más, tenemos la osadía de reunirnos en este rincón de nuestra Málaga de siempre para hablar de la Virgen, de los dogmas, de Dios, de la Iglesia, incluso para hablar de cofradías. En la víspera de la fiesta cristiana más española por antonomasia, en el día en que en nuestra patria recuerda el pacto por una convivencia pacífica y pluralista, nosotros, archicofrades del Santísimo Sacramento, del Cristo de la Redención y de la Virgen de los Dolores, proclamamos al mundo que hay algo más importante que la política, que la economía, que la guerra y la paz, el fútbol o la prensa del corazón. Hay un hecho grandioso que infla nuestros sentimientos, nos infunde esperanza, y el mayor de los entusiasmos. Por disposición del Padre Eterno, la Virgen María fue preservada de todo pecado desde el momento de su concepción. En Ella se anticipó la redención que nos trajo su hijo Jesús, el Señor. En ella vuelca Dios toda su sabiduría y diríase que se quedó vacío de sí. Porque este Dios del amor se desborda en María, este Dios no se aguanta, está que se sale. En Ella tenemos toda la belleza y toda la bondad que anhelamos. En ella, todo lo bueno que podamos imaginar y lo que se escapa a nuestros sueños. Miramos a la Virgen y todos nuestros miedos son superados, nuestras limitaciones cercenadas, todas nuestras debilidades eliminadas y nuestras miserias extirpadas.

Inmaculada Virgen María,
¿Cómo sería aquella mañana
en la que te inundaron de amor?
¿Brillaría el sol, o llovería?
Nadie lo sabe y tampoco importa
porque tan hermosa es la lluvia como el sol.
¿Empezaría una guerra más,
o ese día se quedó dormido el ángel del dolor?
Ay Señor, esa respuesta nadie la sabe pero todos la intuyen
Hay preguntas que se hacen cuando la respuesta ya está en el corazón.
Entonces, ¿Por qué nos preguntamos: Cómo sería aquella mañana?
¿es que no conocemos el amor?

Nadie, nadie puede marcharse esta mañana de San Juan sin probar este veneno del amor divino. Porque el Padre planeó que en nuestra Madre pudiésemos contemplar el fruto de su amor. Y nos lo da a

contemplar porque ese don también nos pertenece, es para todos y cada uno de nosotros. En María vemos lo que nos espera, en María sabemos lo que es la salvación. Dios no escatima en dar porque Él lo es todo, y hay Dios de sobra. Y llegará el día en que verifiquemos plenamente la promesa del amor más allá de la muerte, más allá de nuestra desazón.

Y los más incrédulos se preguntaran dónde están estas cosas tan hermosas que dice el pregonero. Que una cosa es la realidad y otra las creencias. Pues que miren a la humilde nazarena. Y el que no lo vea, que se sepa ciego. Y el que no le crea, que aprenda a confiar, y el que esté triste que se entregue a la alegría; y al que le parezca un cuento, que se haga como un niño; y el que no lo entienda que no pregunte antes de comprender. ¡Pero, que nadie se prive del supremo gozo de esperar y creer, que nadie se prive del espectáculo divino de la Concepción Pura y Limpia de María, que nadie se pierda al Dios del amor y de la vida!.

La victoria de Dios en María por el misterio de su Inmaculada Concepción es la prueba irrefutable de nuestro triunfo seguro, un triunfo en el que le fue la vida al mismo Dios, un triunfo garantizado en lo alto de un madero, un triunfo que se susurra en nuestro corazón cuando Jesús nos grita desde ese Sagrario, un triunfo que no se parece al éxito mundano, porque el amor verdadero, la verdadera alegría es eterna, y nunca pasa.

Por eso, este mundo en su año 2001 necesita que una hermandad, a la vez grande y sencilla como la nuestra, organice este Pregón. El mundo necesita oír hablar de Dios y de María, necesita palpar el misterio del amor que es la fuente de toda alegría. ¡Qué alto precio pagamos cuando damos la espalda a Dios.! Porque fuera de él solo cabe la desesperanza y la muerte. Porque fuera de Él la vida es un sin sentido carente de rumbo. La sociedad ha dejado de lado a su Dios y tres cuartas partes del mundo se muere de hambre, y los terroristas matan sin piedad y además quieren llevar razón, y los ancianos andan solos y los matrimonios en crisis, y los niños son pocos, malcriados y sin cariño, y muchos jóvenes están pasando de Dios, y los creyentes no sabemos si creemos o no.

¿No es cierto, pues qué este mundo descentrado y sin esperanza necesita más que nunca conocer el misterio de la Inmaculada Concepción? Pues aquí estamos nosotros, con nuestro pequeño granito de arena, con nuestro compromiso cofrade, con nuestro pregón. Y aunque el mundo no lo necesitara siempre tendríamos derecho a disfrutar con las cosas de nuestro Dios, porque el que ama nunca se cansa del amor, ni de oír al amado, nos va la vida en sentir su calor. Y que nunca perdamos el deseo de gritar este fuego que es la fe, que es un juego de quemarse y nunca arder, o de arder sin quemarse, no lo se; este juego de vivir creyendo donde todos ganamos y nadie puede perder.

Déjame Señora acercarme a tu reja
y mirarte con devoción;
aprehender tu misterio,
embelesarme con tu unción,
enamorarme de tu inocencia
y compartir tu dolor.
Déjame, Virgen Inmaculada de los Dolores
sentir cerquita las cosas de tu corazón
pensar como tú pensaste.
No dejes que se me escape esta hora,
y me vaya, y me quede como vine

vacío y triste, sediento del amor.

MARÍA, MODELO DE FE

En nuestra vida cotidiana, no hace falta mirar muy lejos de nuestro entorno para simplemente observar cuantos familiares, amigos y compañeros, están pasando una mala racha. Como nos duele que esa gente que queremos se hundan en depresiones, en agobios, en frustraciones. Cuánta desazón, cuánto vacío, cuánta gente que dice que no cree en Dios. Hoy se hace más urgente que nunca mirar a María. Desde nuestra realidad, desde lo más profundo de nosotros mismos, levantemos los ojos y miremos fijamente a la Virgen. Porque su vida entera, es ejemplo, consolación y modelo para nosotros, ¿Qué le ocurrió a María, por qué fue pura y limpia, por qué su inmaculada concepción?

María disfrutó de la más íntima presencia del Señor. Pero este disfrutar no es como nosotros lo entendemos. A María no la preservaron ni de la desventura, ni de las circunstancias, ni de la ignorancia, ni del miedo, ni del dolor. ¿Entonces, ¡qué carajo!, a qué viene tanta fiesta con aquello de la pura y limpia concepción?. ¡Ay, que torpes somos para entender las cosas de Dios! . A María, ni más ni menos, le dieron el gran don del amor. A María, Dios le otorgó por anticipado el privilegio de amar como sólo Dios podía amar. Le entregaron ese amor eterno, esa capacidad total de entrega que es lo único que puede hacer feliz al ser humano. Por esa razón, María es la bienaventurada, por eso todas las generaciones la han llamado y la llamarán dichosa, Y por eso este mundo, no puede creer en Dios: porque esperamos y pedimos otras cosas que nos parecen más importantes y más útiles, pero no esas bobadas del amor. Por eso, para muchos Dios no existe, y es verdad, porque rezan a un Dios que efectivamente, no existe. Todos los sufrimientos que padece el hombre en este mundo se debe a la falta de amor, que siempre ha recibido el nombre de pecado. Y María fue preservada de eso antes de nacer. Y nosotros ya fuimos preservados también desde el mediodía del primer Viernes Santo, en el Calvario, para toda la eternidad. Eso es lo que significamos en el bautismo.

¡Ay Señor, Señor !yo no entiendo estas cosas,
ni me importa la teología
Yo sólo quiero vivir tranquilo,
no hacer daño a nadie, , pasarlo bien
y evitar todo el dolor que pueda.
Pero aunque no me pase nada
tampoco ando contento.
Estoy harto de discursos,
cansado de palabras que pretenden ser bellas
y a mi se me antojan vanas.
Mi rutina tampoco me convence
Busco algo, pero no se lo que quiero.
Pocas veces me sonrío,
ni el trabajo ni las carcajadas
silencian apenas el rumor de mi vacío.

El pregonero ha venido hoy aquí para hacer una llamada a la alegría. Porque hoy en María festejamos el triunfo supremo de la vida, y eso es motivo para estar alegres y no parar. Pero esta alegría no sólo no es ilusoria, sino que además está íntimamente asociada con la realidad profunda de nuestra existencia. El misterio de María es pura realidad.

Nuestra Madre, un día, siendo ella apenas un grupito minúsculo de células recibió este don que hoy veneramos como dogma, antes de cualquiera de esos plazos que para algunos es criterio para decir si una vida es digna de ser considerada o no. Y, nuestro Dios, eligió para tal privilegio a alguien que por el hecho de ser mujer ya tenía un destino difícil desde antes de nacer, perteneciente a un lugar y a un estrato social despreciado por su propio pueblo. Y se desposó, siendo virgen con un pobre manitas de muchas cosas, San José, en una sociedad en la que los trabajos manuales estaban profundamente despreciados, tanto como aquellos que se veían obligados a trabajarlos para vivir.

Cuando vino el anuncio del ángel, que ella acogió con fe, comenzó lo más grande de su vida. Y empezaron lo que nosotros finamente llamaríamos incomodidades: se encontró que estaba embarazada siendo soltera y sin haber tenido relaciones con su prometido. Y se lo tuvo que explicar. ¡Y era tan difícil de creer y de entender!. Creo que pocas veces reparamos en el tremendo drama existencial que vivió María por ser fiel a su misión. Son también muy conocidos los avatares siguientes: se fue a cuidar a su prima Isabel, el viaje a Belén con motivo del censo, el dar a luz en unas condiciones nada idóneas para un parto, la huida a Egipto... Y hay algo muy importante que también nos suele pasar desapercibido. Me refiero a cómo tuvo que vivir María el proceso de crecimiento de Jesús. Porque el niño tenía que ser un poquito especial. Y el propio Evangelio, en el relato del despiste del adolescente Jesús en Jerusalén, nos dice que ella no entendía nada, pero que conservaba todo en su corazón. No tenía la respuesta exacta a sus interrogantes pero intuía, confiaba y se dejaba llevar. Y qué difícil tuvo que ser el día en que Jesús abandona su casa e inicia el ministerio de su vida pública. Y se fue a la sinagoga y, desconociendo toda diplomacia, les dice a sus paisanos que en Él se cumplen las Escrituras que hablan del Mesías, y que ya viene el Reino de Dios. Y después de ser echado, comienza a rodearse de unos amigos que no eran precisamente unas eminencias aunque fueran los apóstoles.

Yo invito a las madres aquí presentes, y a todos, a que hagan un esfuerzo de imaginación, a ver con cuanta preocupación, extrañeza, incluso recelo, miraría María la evolución de su propio hijo. Y ya el colmo es cuando ese muchachito que ella había abrazado y besado con ternura siempre que quiso, que le habría ayudado en casa todos los días, con el que se habría reído y habría regañado, le dice a Ella y los demás que es el Hijo de Dios vivo. Sólo tenemos que intentar representar todo este entramado en nosotros mismos, para que no resulte raro que el pregonero diga que a María le tuvo que costar un buen trago creer. ¡Qué tremendo tuvo que ser dar el salto desde un amor simplemente maternal, a una nueva visión de su propio hijo como seguidora, seguidora de un Mesías incomprendido, tenido por *comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores* (3), que no tenía ni donde reclinar la cabeza (4), pero que era profundamente libre y feliz, curando y perdonando a todos. Un mesías, nada al uso, que encontraba su fuerza no en sí mismo sino en el Padre, que no hablaba de pureza o impureza, ni de virtuosismo ético, ni de nacionalismo ni lucha contra los romanos, y que ponía en tela de juicio la bondad del poder político y religioso de su pueblo!. Porque María recibió el don de Dios para amar, pero no recibió clases extras de teología, ni era adivina. María, pobre madre nuestra, tuvo muchos momentos sombríos, oscuros, de no saber absolutamente nada, de desconcierto total, de miedo. Tuvo una experiencia creyente difícil, como la nuestra, en un ambiente hostil, como el nuestro. Pero esta impresionante mujer era feliz porque su interior se encontraba inundado de fe, de amor, de esperanza; y esta inundación divina permite vivir en paz, encontrando la plenitud de sentido.

Y yo que me creía que tú lo sabías todo
y que lo podías todo,
Y que como tenías privilegios,
el más grande,
el de nacer bañada en luz divina,

pensaba que nada te costaría,
que tus lágrimas fueron un teatrillo piadoso
para entretenernos con palios y procesiones.
Que sí, que sufriste,
pero que sabías como acababa todo.
Que como decimos los andaluces
Iloraste con un sólo ojo.
Que creía te sentías discretamente orgullosa de ser
Madre de Dios, corredentora,
y Reina de los Angeles
y Virgen Inmaculada, y...
Perdóname Madre,
que me olvidé de tus fracasos,
del desconcierto que provoca un Dios
que siempre tiene sus planes.
Perdóname Madre,
que me olvidé de tus noches en vela
esperando el desenlace
de tu propia vida
y de las idas y venidas
de ese niño alegre y enigmático,
que te llenaba la vida de luz,
que vivía entusiasmado en las cosas de su Padre
y que tú no acababas de comprender bien.

Y llegó la hora suprema del Viernes Santo. Cuando María, después de este camino nada fácil, llegó a ver a su hijo crucificado en un madero, tuvo que encontrarse con tal colapso, que si se piensa bien nos hace temblar. Porque más fuerte que la crueldad física, que se derrochó sin medida sobre el cuerpo de nuestro Señor, fue la sensación total de fracaso, de que aquello no había servido para nada, hasta que incluso el mismo Jesús se atrevió a proclamar su infinito abandono. ¿dónde estaba Dios? ¿dónde estaba la promesa del ángel, "*será grande, se llamará Hijo del Altísimo*"(5)? ¿qué tomadura de pelo fue aquella? ¿para qué gasto su hijo sus días y sus horas en un proyecto fracasado, imposible de conseguir? ¿qué amigos eran aquellos que estaban escondidos mientras el nazareno daba sus últimos suspiros en la agonía? Y cuando en medio de aquella angustia, traspasada por el mayor dolor imaginable, y toda una vida de búsquedas, esperanzas y sinsabores que acababan de aquella manera se pasaría por su cabeza, María cogió el cadáver descendido de Jesús y cuando lo estrechó en sus brazos ¿no gritaría desesperada como el profeta (6) ¡¡Maldita la hora en que me concibieron, maldita la hora en que nací, más hubiera valido que me abortara mi madre!! ?..... ¡Maldita la hora en que me concibieron!

¿Cómo pudo maldecir María, dirán algunos, la hora fecunda de su Inmaculada Concepción?. El pregonero está loco. Esto es un invento, una ardiz para llamar la atención, una argucia torpe para evitar que alguno se duerma. Si estamos hablando de un dogma excelso, y los angelitos cantaron, y las nubes se levantaron, y las estrellitas bailan, y los gitanitos, también.

Ciertamente estamos hablando de algo muy serio, de la vida. Y María pudo haber dicho aquello, al igual que el Hijo se sintió dramáticamente abandonado por el Padre. Y ojalá lo haya dicho, nos conviene que

así sea. Porque en aquella hora nona no se esperaba solo una muerte, se esperaba algo más. El amor verdadero es sustancia de la verdadera fe. Y la confianza en alguien que era tremendamente amado le llevó a entregarse hasta el extremo, a vivir al margen de cualquier seguridad, llegando así en la hora cumbre del dolor, incluso a blasfemar del amor, que en realidad era la única forma posible de seguir creyendo, de seguir amando.

María, identificada con Jesús en todo, tuvo su proceso de fe, cuya más dura prueba fue el calvario. Allí demostró que era Inmaculada, allí dio muestras de que tenía una madera distinta, un sello especial. De esta forma que nos puede parecer sombría certificó que había recibido un don de Dios, una fuerza hasta entonces desconocida, la fuerza del amor que confía aún cuando todo está perdido. Esa hora en la que todo parece roto no fue un final improvisado. Es la hora suprema de la Redención. Y allí, María fue la corredentora, porque tenía la misión de creer y de amar en medio de la total desesperación, creer y amar como sólo Dios mismo, crucificado en un madero y moribundo, podía hacerlo. Por eso, ella recibió este don antes que nosotros. María supo del amor de Dios y al amor se entregó, y por ese amor tuvo fe, y por la fe transitó desde la gloria al cielo, pasando por el dolor. Desde entonces, también tenemos el don de la redención a nuestro alcance, tenemos la fe.

Y sigo en esta reja de tu capilla
y me pregunto indignado por qué están
tan juntitos el amor y el dolor.
Por qué la vida , juega con nosotros
y nos hace vibrar de dicha,
y corremos el riesgo
de hundirnos en la aflicción.
Y si este puñal se clava y duele
¿por qué el tuyo es de oro y pedrerías?
Virgen Inmaculada de los Dolores:
Hoy ya sabemos que tu puñal es de gloria.
Tu amor doloroso, Madre
no desespera y todo lo aguanta.
Ya desde aquel Viernes Santo,
nos enseñaste la sublime lección
de no hay vida verdadera sin amor,
que el amor que sufre y lucha,
derrota a la muerte y a la desesperación.

Esta fiesta de la alegría se funda en la fe inquebrantable de María, fe sostenida en el amor divino que ella recibió anticipadamente. Este gozo inefable puede con el sufrimiento y con la muerte: este gozo nos llama a una vida eterna resucitada, donde no habrá ni tristeza, ni injusticia, ni muerte, la patria de la felicidad y el amor para el que hemos nacido. Esta explosión de vida se revela contra todo lo que provoca el sufrimiento y la muerte. *Jesús no fue condenado por rezar mucho. Jesús fue perseguido y condenado porque se ponía del lado de los pobres, de las víctimas de la vida injusta de los poderosos. Y como consecuencia de ese comportamiento tuvo que soportar el conflicto, la persecución descarada, la condena y la muerte (7) .* **María padeció como Madre la pérdida de un hijo. Y como creyente, el mismo revés y sufrimiento porque la causa de Jesús era su causa: Ella, como discípula, también creía en el Padre que da de comer a los hambrientos y despide a los ricos vacíos. La entrega incondicional y alegre a esta fe da el único sentido posible a la vida, porque *el único***

sufrimiento que Dios quiere es el que brota de la rebeldía y de la lucha contra el sufrimiento (8). El que ama en este mundo se arriesga al ridículo, al fracaso, a ser traicionado. Se arriesga a padecer una decepción, a sufrir una pérdida. Pero, que poco tiene la vida, qué sensación de vacío, cuando no sentimos el amor.

El dogma de la Inmaculada es la cristalización en forma de creencia de la certeza última de que ya se cumple y se cumplirá lo que Dios ha prometido. Dios no nos propone utopías. La utopía del Reino dejó de ser utopía desde que María fue concebida en el seno de su madre. Porque su propia existencia ya supone una plasmación real, concreta, verificable de la voluntad expresa del Padre de que el hombre sea feliz eternamente sobre la base del amor. La vida de María, al igual que la existencia de Jesús, es una búsqueda certera de la felicidad, un proyecto basado en la confianza en el Padre, en la fe, cuya esencia es el amor, en medio de las dificultades y contrariedades graves de esta vida.

¿Fuiste tú Virgen María
la que me enseñó un día a rezar?
Recuerdo la penumbra de una capilla
y unos ojos doloridos, los ojos de la humildad
llenos de fuerza y de dulzor.
No podía verte Señora
pero tuvo que ser tu exquisita sensibilidad de mujer
quien me llevó hasta la mirada indescriptible del Señor
Y mirándolo a Él, aprendí a conocerte.
Y por Él, soberano y humilde
supe que tú creíste con fortaleza y con humildad.
Cuando la divina providencia
quiso que esta capilla de San Juan fuera mi hogar,
porque desde entonces esta es la casa de mi Madre y mis hermanos
supe que era tu mirada Virgen de los Dolores
ese suspiro profundo que un día en la penumbra
me infundió la fe y me enseñó a confiar.

LA FE EN NUESTROS DÍAS

Y tras esta contemplación del magisterio diáfano, claro, e impresionante de la vida de nuestra Señora, que fue preservada del pecado desde antes de nacer, esta fiesta de la Pura y Limpia Concepción de María, en estos días que nos ha tocado en suerte vivir, nos convoca al reto de ser creyentes, de ser cristianos, y nos provoca la reconsideración entre nosotros de la debilidad de nuestra fe. Contemplando la vida sobrecogedora de María, a la que la Iglesia tiene como modelo y anticipo, deberíamos sentir reparo porque hemos arrinconado la fe a ese rincón estúpido y apartado de nuestra vida.

Vivimos una crisis de fe tan importante que seguramente no somos conscientes de sus implicaciones. Y como consecuencia, la vida se enfoca con una superficialidad que, tarde o temprano, pasa factura. Todo lo relacionado con la religión, especialmente con la Iglesia, está sufriendo actualmente una alarmante persecución, a base de mentiras y de manipulación. Hubo un tiempo en que nos quemaban los templos. Hace ya años que han descubierto que es más elegante y más eficaz, vaciar las Iglesias, vaciando previamente a las personas de sus convicciones, que se presentan como algo pasado de moda, incluso excluyente o intolerante. Y

así, los jóvenes de hoy en día, están respirando un ambiente claramente hostil para la fe. Ser creyente no forma parte de ninguna receta televisiva para vivir mejor. El pregonero quiere llamar la atención en lo difícil que es hoy para los jóvenes creer. Y no digamos nada para los adolescentes o jóvenes cofrades: tan cerca del misterio y, a veces tan lejos...

Los mismos cristianos, que no soportamos misas que duren más de media hora, estamos ignorando a Dios, y a María la hemos disfrazado. A veces se oyen frases junto a la capilla de la Virgen de cualquier cofradía que rebosan de vacío, de amaneramiento decadente. Vienen de capilleo y se fijan en mil cosas pero a los ojos, que poquitos la miran. Vestimos a la Virgen, la enjoyamos y le rezamos incluso, pero la verdadera María, su vida, sus sentimientos, sus pensamientos, sus aspiraciones, su verdadera gloria, sus lágrimas y su profundo dolor nos son tan indiferentes como esas imágenes espantosas que nos sirven los telediarios de miseria, de vulneración cotidiana de los derechos humanos, incluso tan cerca de nosotros, cuando, por ejemplo, uno de esos indeseables maridos, le propina una paliza a su mujer. Simplemente conque le prestáramos algo de más atención a la psicología que encierran la mirada de nuestras vírgenes, comprenderíamos la grandeza de Dios, la grandeza del ser humano, y nos emocionáramos de ver como en María coinciden los proyectos de Dios con las aspiraciones humanas. O damos un nuevo rumbo a nuestra forma de vivir nuestra condición de cristianos y cofrades o, sencillamente, dejaremos de serlo.

La ausencia de compromiso, la ausencia de una fe que tenga inquietudes y que madure trae demasiados inconvenientes. Muchos se están escandalizando e impresionando por lo que aparece en los medios de comunicación. No nos importa conocer las cuentas de la diócesis, ni siquiera las de nuestra hermandad (¿Cuántos hermanos asisten a los cabildos de presentación de cuentas?) pero condenamos a toda la Iglesia porque tal grupo o tal diócesis dicen que ha invertido dinero en no se que. Y aunque así fuera ¿y qué?. ¿Es que Dios no nos ha probado que nos ama y nos invita al amor en medio de la debilidad?. Y tampoco nos damos cuenta de que quieren imponernos a los cristianos cómo tiene que ser la clase de religión en las escuelas y quien tiene que impartirlas. Quieren lograr ya del todo que las nuevas generaciones no conozcan las raíces culturales de su civilización ni accedan a una reflexión sobre el destino último y definitivo del ser humano en Dios. Quieren hombres y mujeres vacíos, sin ideales, que sólo piensen en consumir. Frente a todo esto muchos cristianos nos quedamos impasibles, y no hacemos nada. Y nuestras vidas son cada vez más vacías, y más superficiales, y hay más y más depresiones. Porque la fe y el amor son tan consustanciales e imprescindibles a la vida humana como el agua y el oxígeno. ¿Cuánto sufrimiento nos deparará la historia hasta que todos lleguemos al convencimiento de esto?

Y como otro signo evidente de esta crisis de fe, nos hemos topado los cofrades malagueños con el sorprendente nombramiento de la pregonera oficial de la Semana Santa. Y este pregonero, bajo su más estricta responsabilidad personal, no puede callar su indignación ante el hecho de que alguien que se proclama voluntaria, libre y públicamente como agnóstica, y que se posiciona a favor del aborto, que ha autorizado la píldora del día después y de algunas cosas más, vaya a hablarnos sobre nuestra Semana Santa. Esa Semana Santa, que se fragua cada día del año desde la fe, y que es uno de los pocos espacios públicos masivos que nos quedan a los católicos malagueños para expresar de forma bella nuestras creencias, ha sido entregada una vez más en manos de intereses partidistas. En estos tiempos que corren, en el seno de un ámbito eclesial como es el nuestro, no caben posturas ambiguas cuando está en juego la centralidad de la fe. Cuando más se acentúa la necesidad de que nuestras procesiones y cofradías sean elementos de promoción y catequesis de las verdades y los valores cristianos, se ha cometido la gravísima torpeza de dar cancha a quienes nos van a decir que la Semana Santa es, sobre todo y ante todo, una manifestación cultural y una importante fuente de ingresos para la ciudad, y que lo demás es importante, pero secundario. Y en nombre de esa tolerancia y esa

libertad con la que invaden el derecho de los individuos y los grupos a profesar y desarrollar sin injerencias la fe que libremente escojan, le arrancarán a la cruz sus clavos y al credo sus artículos, y a las cofradías le quitarán la Iglesia que es su cuna y su hogar, porque esto es cultura popular y es de todos los que quieren manipularla en beneficio propio. Han vendido nuestra Semana Santa dándole un beso. Sí un beso, porque de esa forma dulce engañarán a muchos que creerán que esto es bueno para Málaga. Nuevamente, en nombre de un supuesto interés general, se ha repetido el gesto traidor del huerto de los olivos. A aquellos que no han vacilado en llevar a cabo este nombramiento, tampoco les tembló la mano cuando tiraron al cesto de los papeles una propuesta que hablaba de promover una acción sociocaritativa de las cofradías conjunta, coordinada, más auténtica y eficaz. Está claro cuáles son las preferencias. Han reducido la fe a una especie de decorado invisible que no interpela ni mueve a cambiar. Lo de menos es esa fe humilde y sublime de María, que es como un rayo de luz que atraviesa las tinieblas de la vida, que es como una saeta vibrante y afilada que rasga la noche nazarena.

¿A dónde iremos, mi Señor de la Redención,
si sólo tú tienes palabras de vida eterna?
Si tocamos en tu cuerpo las heridas
de un bravo luchador, de un abnegado soldado;
si en tu rostro besamos la verdad de un Dios
que es como un niño en su inocencia golpeado.
¿A quién acudiremos, mi Señor de la Redención,
si sólo tú estás realmente presente y sacramentado?
¿Valdrá la pena apoyarse en pasajeros poderes mundanos
si en tu amor omnipotente y eterno no confiamos?

ACCIÓN DE GRACIAS

María expresó su fervor creyente ante su prima Isabel en esa preciosa oración que llamamos el Magnificat (9). Sin duda, Jesús, en su infancia oiría hablar en su casa de aquel episodio situado en el Evangelio cuando se Madre se encontraba embarazada. Y estoy seguro de que Jesús se estaba acordando de esto, cuando dirigió al Padre aquel canto sublime que quiere ser ahora el comienzo de mi acción de gracias:

Yo te alabo Padre, porque no has revelado estas cosas a los sabios ni entendidos, sino a los sencillos de corazón (10) . Yo te alabo porque les diste los dones más grandes a esa mujer fascinante que es María. No buscaste a una princesa, ni a una ministra. Buscaste a un corazón sencillo e insignificante, presta a situarse en el paraíso de tu presencia y alejada de la soberbia del mundo.

Yo te alabo Padre por la vida, por los niños que nacen, porque existe la cordialidad, porque hiciste la sonrisa y la amistad como semillas del mundo futuro, y la depositaste entre la gente corriente que no se cree nada ni nadie, que vive y deja vivir.

Yo te alabo Padre por la naturaleza, por las plantas, por los animales, por las montañas y los ríos, y tantas cosas más. Esas cosas que sólo disfrutaban los sencillos, los que sólo se ocupan en vivir y no andan preocupados por la economía, ni por la fama, ni por el poder.

Yo te alabo Padre por la Iglesia, por todos sus miembros, todos los que hacen de ella un lugar donde tú te hace presente en defensa de la vida y de los débiles. Por todos esos que viven felices con el gran tesoro del Evangelio.

Yo te alabo Padre por nuestra Parroquia de San Juan, rincón perdido y olvidado por muchos, que tiene una feligresía pequeña, pero que sigue haciendo posible el milagro de una fe comprometida bajo sus maltrechas bóvedas. Te doy gracias por todos los que habitan en ella, las Hermanas de la Cruz con su testimonio radical, las Esclavas Concepcionistas que luchan por perpetuar el sueño de un obispo santo, por las Cofradías Fusionadas; te doy gracias por el párroco de antes y por el de ahora, y por la sacristana, y por todos esos que convierten la sacristía en una salita de estar.

Yo te alabo Padre por mi cofradía, por nuestra Archicofradía, por su gente que son mis amigos y mis hermanos, por su secular trayectoria, por su estética, por sus virtudes, incluso por sus defectos. Sí, Padre, te alabo porque nuestra hermandad ha encontrado la piedra angular en la Eucaristía, y porque en ella también nos podemos encontrar contigo, bajo el Rouán de forma sublime cada Viernes Santo. Te agradezco la celebración del bicentenario que ha hecho historia, una historia vibrante de fe y de esfuerzo generoso. Te alabo Padre por la belleza de nuestros Sagrados Titulares, por la Bolsa de Caridad y por todo lo demás. Y aprovecho este momento, para agradecer muy especialmente a mi Hermana Mayor y a los hermanos, amigos y compañeros de la Junta de Gobierno, el honor que me han brindado al darme la ocasión de poder escribir y pronunciar este Pregón. Se dice en estos casos y aquí no sobra decirlo, que no era digno de tal honor y que no reunía las condiciones más idóneas para ser elegido. A estas alturas ya habéis comprobado por vosotros mismos que esto es cierto.

También te alabo Padre por mis amigos, por los que tuve y por los que tengo. Y entre ellos, hoy quiero destacar el afecto entrañable que me une con el que ha sido mi presentador, también hermano de nuestra Archicofradía, José Enrique Díaz Ruiz. Como hemos podido palpar en la brillante presentación de quien ya es un consumado pregonero, desde Granada son ya unos pocos los años de cotidiana y estrecha amistad, una amistad surgida de esa vocación cofrade y esa vivencia religiosa que Quique y yo compartimos intensamente. Gracias por tu presentación, que es como un enorme detalle entre muchos más, que me da la certeza de tu cercanía y afecto.

Yo te alabo Padre por mi familia, por mis padres y mi hermana. Yo te alabo Padre por Trini y los suyos. El calor de todos ellos es un regalo siempre inmerecido y no siempre bien valorado. Su presencia es signo de tu amor Señor, un amor incondicional que sentimos plenamente a nuestro alcance cuando somos sencillos y hacemos algo más que pensar en nosotros mismos, un amor sin el que no se puede nacer, ni se puede vivir.

Y por fin, Padre yo te alabo por la fe, porque mis padres me bautizaron, por los sacerdotes, catequistas y profesores que pusistes y pones en mi camino, porque me hiciste cofrade, porque puedo contar todos los días de mi vida a la luz de tu presencia.

CONCLUSIÓN

Todas estas alabanzas son posibles porque Dios nos regaló, por el misterio de la Inmaculada Concepción de María, la posibilidad cierta de construir una existencia feliz y sin final, nos dio un amor

concreto y seguro que podemos palpar en nuestra corazón y que nos empujará hacia la alegría de la eternidad. El Padre nos entregó en María la respuesta a nuestras preguntas y la solución a nuestras dudas. El amor lo puede todo.

Cuantos de nuestros antepasados consumieron sus energías en la alabanza a Dios por el misterio de la Inmaculada Concepción de María. Y hoy no debemos desperdiciar ni el amor de Dios, ni la vida de María, ni la trayectoria secular de quienes nos precedieron con tanta fuerza en la veneración a María en el misterio de su Inmaculada Concepción. No podemos ignorar ni permanecer indiferentes ante tanta dicha, ante tan majestuoso retablo de fe que sobrecoge, de devoción que entusiasma, de alegría que se desborda, y de amor que nos salva.

Por tanto, basta ya de luto, y de miedos siempre y sobre todo, cuando se trate de decir con nuestras opciones vitales que somos cristianos. Estamos jugando una carta segura. No es una promesa, sino una certeza. Tenemos una esperanza, tenemos una ilusión que da sentido a toda la vida. Es la hora del optimismo, de ser entusiastas, de sonreír, de confiar, de amar. Enhorabuena a todos. Y no sólo aprovecho para felicitar a las inmas y conchis, lo que hago por las presentes a las que tanto aprecio, y por mi bisabuela, y por mi tía que me ayuda mientras pasea con María por el cielo; insisto, doy la enhorabuena a todos. A los que ya presienten entre las dificultades esta alegría porque ya conocen el don que viene de lo alto; y a los que están tristes y aún no lo saben, por todo lo bueno que les espera. Y que repiquen las campanas de San Juan, y que salgan más procesiones extraordinarias con el Santísimo, y con el Cristo, y con la Virgen y con los tronos de las Fusionadas si hace falta; que se alegren los matrimonios, y los curas, y los niños, y los mayores, que toda la Iglesia se goce, porque llega el día de fiesta, el día de la Inmaculada. Enhorabuena a los que aciertan y a los que reconocen sus errores. Enhorabuena a los que lo intentan y no tiran la toalla. Enhorabuena a los que sonríen y a los que sonreirán. Enhorabuena a los invierten su vida en hacer felices a los demás, y a los que disfrutan con el rumor de la brisa.

Y ya casi termino a la vera de tu reja
avergonzado por tanto atrevimiento,
Perdóname Virgen Inmaculada de los Dolores
que te pregunte a estas alturas
¿Cómo fue aquella mañana
en la que Dios te inundó con su amor?
¿Se parecerá a la sonrisa de un niño
o al llanto de la emoción?
¿Será como la alegría de un anciano acompañado,
o como el consuelo verdadero a la hora del dolor?
¿Se parecerá a un Domingo de Ramos,
con ese brillo que le viene de lo alto,
o a ese rayo de luz que entra
por el coro de San Juan
en la tarde del Viernes Santo?
Concédenos Señora la respuesta,
y, mientras tanto,
protégenos con ternura y comprensión
bajo ese manto que el amor de tus hijos
convirtió en un cielo límpido

cuajado de luminosas estrellas.

Estamos convocados a la inmensa alegría, a la locura del Dios que se volcó en María, y la hizo grande por su Inmaculada Concepción. Pasado mañana nuestra Santa Madre, la Iglesia, que inspirada por el Espíritu Santo, haciéndose eco del clamor que durante siglos fue santo y seña del pueblo creyente, proclamó la Concepción Inmaculada de la bienaventurada Virgen María, nos invita a todos a celebrar que Dios nuestro Señor, en su providente designio, otorgó a María el privilegio de ser concebida pura y limpia del desamor, que en ella tuvo el Padre a bien anticipar los dones que tenía reservado para todos nosotros por medio de Jesucristo nuestro Señor, y que María por tanto, es anticipo de nuestra gloria presente y futura. Esta es la fe de la Iglesia, esta es nuestra fe que nosotros nos gloriamos en profesar, con humildad y sin complejos, y la proclamamos gozosos y entusiastas, aquí, en esta mañana, para quien tenga los oídos y el corazón abiertos.

HE DICHO *

JESÚS JAVIER JURADO SIMÓN

Málaga, 6 de Diciembre del año del Señor 2001,
víspera de la fiesta de la Inmaculada Concepción de María.

NOTAS

1 **SPINOLA Y MAESTRE, Marcelo**. "Su espiritualidad a través de sus escritos". 1984. Pag. 322-323.

2 **AGNUS DEI. Cinco siglos de Culto y Cultura**. Catálogo de la Exposición celebrada en el Archivo Municipal entre los pasados días 4 y 24 de octubre de 2001, con motivo del bicentenario de la Agregación de la Hermandad de Ntra. Sra. de los Dolores a la Pontificia Archicofradía Sacramental de la Parroquia de San Juan. Este dato aparece en la convocatoria del Septenario de Ntra. Sra. de los Dolores del año 1890 y que pudo contemplarse en la referida exposición.

3. Mt 11, 16-19

4. Lc 9, 58

5. Lc 1, 32

6. Jr 20, 14-18

7. CASTILLO, José M. "El Reino de Dios. Por la vida y dignidad de los seres humanos." Tercera Edición 1999. Editorial Descleé de Brouwer S.A. Pag. 393.

8. Ídem 7.

9. Lc 1, 46-55

10. Mt 11, 25

* El pregonero quiere agradecer especialmente las muestras de afecto recibidas en torno al desarrollo de este pregón por parte de los hermanos de la Archicofradía, amigos, cofrades y familiares; y, por supuesto a la propia Archicofradía, a la que debo una de las vivencias más hermosas que me ha cabido en suerte disfrutar, y a la que me honro en servir todos los días.¹